

## A CIEN AÑOS DE UNA TRAGEDIA: LA MASACRE DEL FORTÍN YUNKÁ

*Por Luis Fernando Furlan*

El **19 de marzo de 1919** se produjo en nuestro país uno de los episodios más trágicos del largo proceso de la Conquista del Desierto chaqueño: la **Masacre del Fortín Yunká**. Si bien luego de esa fecha se registraron otros enfrentamientos entre aborígenes y blancos en las actuales provincias de Chaco y Formosa, incluso hasta bien avanzada la primera mitad del siglo XX, aquel acontecimiento es conocido popularmente como *el último malón*.

En 1919 Europa emergía de la tragedia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y entraba en el período denominado de Entreguerras; la Revolución Rusa, conducida por los bolcheviques, atravesaba su etapa de guerra civil; y la República Argentina iniciaba el tercer año de la experiencia política y social del primer gobierno de la Unión Cívica Radical con el doctor Hipólito Yrigoyen como Presidente de la Nación.

En aquel mismo año de 1919, todavía existían porciones de territorio no integradas totalmente a la República Argentina. Ese fue el caso del lejano e inhóspito **Territorio Nacional de Formosa**, en el extremo Noreste de Argentina, el cual se encontraba aún en la etapa de la Conquista del Desierto. Su situación era, prácticamente, de olvido y de abandono, no obstante los esfuerzos realizados por el Ejército Nacional y por un puñado de audaces familias de colonos para que dicho territorio fuera efectivamente incorporado al patrimonio nacional.

**Ingresar al entonces Territorio Nacional de Formosa en 1919 significaba, poco menos, que realizar un viaje en la máquina del tiempo y retornar a la segunda mitad del siglo XIX, a la época de los malones aborígenes y de los fortines militares de las dilatadas comarcas de la Pampa y de la Patagonia.** Es que esa era en verdad la realidad de Formosa, donde existían todavía precarios y aislados fortines con escasísimas guarniciones del Ejército Nacional y muy reducidos recursos que hacían en extremo difícil la subsistencia, en medio de un escenario geográfico hostil y salvaje, con comunicaciones

sumamente modestas (por no decir casi nulas), y rodeados por numerosos grupos aborígenes todavía reacios a aceptar la penetración y la instalación del hombre blanco.

La existencia de dos tipos de fronteras en el Territorio Nacional de Formosa, una interior con el aborígen y otra exterior con la vecina República del Paraguay, obligaba a establecer distintas líneas de defensa compuestas por diferentes instalaciones militares, básicamente fortines contruidos con materiales sencillos (trancos de palma, adobe, ladrillos) y protegidos por guarniciones muy reducidas (que en muchos casos apenas si superaban los 20 hombres).

Las deficientes comunicaciones dificultaban el acceso a aquellas posiciones militares y el apoyo mutuo entre las mismas, ya que se trataba de un vasto territorio selvático, prácticamente sin caminos, apenas con picadas abiertas en medio del monte y a través de terrenos inundados por los desbordes de ríos y arroyos y por la formación de esteros, bañados y pantanos. La vida se hacía todavía más difícil por los agobiantes calores del verano, la diversidad de alimañas e insectos, la proliferación de numerosas enfermedades, y la siempre amenaza latente de los grupos aborígenes más díscolos.

El **Fortín Yunká** (en lengua pilagá, "punto o lugar de encuentro") se encontraba ubicado en el Norte del Territorio Nacional de Formosa, en un claro del monte cerca del río Pilcomayo, próximo a la frontera con la República del Paraguay. Había sido fundado en 1912 por el Regimiento N° 9 de Caballería, e integraba la línea de defensa del Pilcomayo. En 1919 se hallaba bajo la responsabilidad del Regimiento de Gendarmería, cuyo comando se encontraba en la ciudad de Formosa, y dependía de la 3° División del Ejército Nacional (con asiento en la ciudad de Paraná).

Dicho Fortín poseía, en líneas generales, las características propias de los demás fortines que existían en los territorios de Chaco y Formosa. Sus instalaciones eran muy sencillas y precarias, a manera de ranchos, contruidas básicamente con adobe, trancos de palma y otros materiales que brindaba la región. Contaba con comandancia, cuadra para alojamiento de la tropa, depósitos, cocina y enfermería, que delimitaban una especie de

patio; en los alrededores se hallaban ranchos que servían de vivienda para las familias de algunos integrantes de la guarnición, y también existía un corral protegido con empalizada. Su acceso lo constituía una angosta picada abierta dificultosamente en medio del monte y con frecuencia inundada, y se encontraba rodeado por maleza, monte y terrenos anegadizos.

**En marzo de 1919, el Fortín Yunká contaba con una guarnición militar de unos ¡13 hombres!, compuesta únicamente por suboficiales y soldados voluntarios.** Existía también una muy reducida población civil de mujeres y niños que integraban las familias de algunos militares, y de otras mujeres que prestaban servicios de apoyo y atención general. La situación del Fortín era muy difícil y peligrosa, dado su extremo aislamiento y su escasa protección: constituía un verdadero punto diminuto, perdido y olvidado en medio del salvaje y misterioso monte formoseño. **El 16 de marzo de 1919 llegó al Fortín Yunká su nuevo jefe, el sargento 1º Leyes (Fermín o Fernando, según las distintas fuentes), acompañado por su esposa e hijos.**

Tres días después, el **19 de marzo de 1919**, la escasísima guarnición del Fortín Yunká se encontraba aún más reducida, ya que un cabo y cuatro soldados habían sido enviados a la distante Gran Guardia Comandante Fontana para buscar provisiones y correspondencia. En la tarde de ese día, en horas de la siesta, un grupo de aproximadamente 250 aborígenes, escondidos entre la maleza circundante, se acercó y rodeó sigilosamente al Fortín, aprovechando la sorpresa, su magnífico conocimiento del terreno y la débil protección de esa posición militar.

Los aborígenes atacaron el Fortín Yunká, masacraron a la guarnición militar y a los civiles y saquearon las instalaciones. Los atacantes se llevaron armas, municiones, ganado, provisiones, objetos del Fortín y diversas pertenencias del personal militar y civil. En la tarde de aquel mismo día, los aborígenes abandonaron el lugar y se internaron en los montes. ¿Quiénes ejecutaron el ataque al Fortín Yunká? Existen diferencias entre las fuentes: algunas lo atribuyen a los pilagás liderados por el cacique Garcete (o Garchete), y otras a los macáes. En cuanto a las razones, hay opiniones igualmente diversas: robo,

saqueo, venganza de los pilagás de aquel cacique hacia los blancos, derivaciones de venganzas ancestrales entre pilagás y macáes...

El ataque fue realmente brutal y sanguinario, una verdadera masacre. Entre militares y civiles, la matanza se cobró unas 16 víctimas. No hubo distinción ni de sexo ni de edad. Fueron muertos tanto mujeres como niños. Hasta los fieles perros *fortineros* fueron masacrados.

Los cuerpos se hallaban dispersos en distintos sectores del Fortín, y mostraban claras muestras del ensañamiento de los atacantes: la mayoría de los cuerpos fueron desnudados, ultrajados, degollados y hasta decapitados; como señalan algunas fuentes, este fue el caso del sargento 1º Leyes, el jefe del Fortín. Los aborígenes ejecutaron a sus víctimas especialmente con lanza y golpes de macana, lo que demuestra la violencia aplicada en el ataque. Los testimonios de la matanza señalaron que las paredes, los pisos y los techos de las distintas construcciones del Fortín presentaban manchas de sangre, y que se encontraron macanas hechas con duras maderas de la zona con cabellos entremezclados con sangre. Aparentemente, no se registraron bajas entre los aborígenes.

Distintas fuentes registran las siguientes víctimas (con algunas diferencias en cuanto a nombres y grados militares): sargento 1º Leyes, su esposa y tres hijos varones; cabos Zalazar y Lugones; soldados Morínigo, Fleitas, Franco, Maciel y Vallejos; esposas de los soldados Morínigo, Almeida y Bustos; y cantineras María Ojeda y Demecia Pintos.

Tras cumplir con su comisión a Comandante Fontana, los soldados Almeida y Bustos regresaron al Fortín Yunká en la noche del mismo 19 de marzo de 1919. En ese escenario desolador y de muerte, descubrieron que existían sobrevivientes de la tragedia: el niño Ramón Enciso, de 5 años, hijo del soldado Almeida; hay referencias de que también salvó su vida su hija Erminda.

La salvación de Ramón Enciso fue particularmente heroica, de acuerdo a referencias de época: en el rancho de su familia, Almeida encontró el cuerpo sin vida de su esposa, y

*allí, en la cama, el cráneo destrozado a golpes de macana, lanceado el pecho, yacía el cadáver de su compañera. El niño, aterrorizado, se abrazaba a esos restos desfigurados. Balbuceante, la criatura les explicó algo de lo ocurrido. Pocas horas hacía que los indios se habían retirado y la salvación de la criatura se debió no sólo a circunstancias milagrosas sino también al heroísmo sin parangón de esa mujer que era su madre. Cuando tras el fragor de la lucha comprendió que no había nada que hacer sino morir en manos del salvaje, se acostó y ocultó debajo del lecho al niño, no sin prevenirle que no se moviera pasara lo que pasara. Momentos después, desnudos, feroces, ebrios de muerte, desfigurados por las pinturas, irrumpían los indios en el rancho y cosían a golpes de lanza a la infeliz que no profirió una palabra. Sobre el cuerpecito del niño oculto, caía aún caliente la sangre de la que le diera su vida. Su heroicidad salvó al niño al despistar al salvaje. Este, viendo a la mujer acostada y al parecer durmiendo, la creyó la única habitante de la casa.*

La masacre del Fortín Yunká generó igualmente una leyenda en torno a la figura de María, hija del sargento 1º Leyes, quien tenía entre 7 y 12 años. Sobre su destino surgieron distintas versiones. Se decía que en principio había sido raptada por los aborígenes y, tras mantenerla con vida solamente por unas horas, se la envió nuevamente al Fortín, donde fue asesinada. Como su cuerpo no aparece mencionado entre las víctimas, se construyó una leyenda en la cual se afirmaba que sobrevivió como cautiva entre los aborígenes y que se convirtió en esposa de un cacique. Testimonios de 1928 señalaban que entre los aborígenes que habitaban en la zona de la frontera con Paraguay vivía una cautiva que se aseguraba era la hija del sargento 1º Leyes; por otra parte, en 1945, circulaba en la zona donde había existido el Fortín Yunká la versión de que en el interior del Chaco Paraguayo vivía una bella mujer cristiana rubia de unos 35 años, que era esposa de un cacique macá: ¿la cautiva María Leyes tal vez?

La respuesta a la masacre del Fortín Yunká no se hizo esperar: una reducida fuerza del Regimiento de Gendarmería al mando de su 2º jefe el capitán Casildo Enrique Gil Boy, un experto conocedor de la región chaco-formoseña y del trato con los aborígenes, partió desde la Gran Guardia Comandante Fontana y, tras una larga y difícil travesía entre montes

y terrenos inundados, llegó al Fortín Yunká, penetró en el Estero Patiño y hasta alcanzó Lacaldá, donde tenía su toldería el cacique pilagá Garcete, principal sospechoso de la matanza. La expedición del capitán Boy (25 de marzo - 22 de abril de 1919) combatió contra los pilagás de Lacaldá, donde se encontraron diversos elementos que pertenecían al Fortín Yunká. La confusión sobre los verdaderos responsables aumentó cuando, hacia 1930, se descubrió a aborígenes macáes portando armas que, se aseguraba, habían pertenecido a aquel Fortín. Sin embargo, las armas y el ganado de Yunká nunca se recuperaron.

Los cuerpos de las víctimas de Yunká recibieron de inmediato cristiana sepultura. En la zona del Fortín, se halla hoy la localidad de Fortín Sargento Primero Leyes, donde un monolito, coronado por una cruz, recuerda a los caídos en aquella trágica jornada.

La Masacre del Fortín Yunká, ocurrida hace apenas cien años, nos muestra como, todavía ¡en la segunda década del siglo XX!, existían territorios prácticamente aislados y desvinculados del resto de la República Argentina. Ello constituye una señal de la falta de una efectiva integración del territorio nacional en tiempos relativamente recientes; por otra parte, nos expone los enormes esfuerzos del Ejército Nacional, de grupos de colonos y de distintos pueblos aborígenes para incorporar, desarrollar y proteger los lejanos y salvajes espacios geográficos del Noreste Argentino.

**El autor es magíster en Defensa Nacional y licenciado y profesor en Historia.**